

—¿Qué piensas, Beltran, sobre dar ó no la batalla?

—Señor, si el inglés nos la pide, no hay otro remedio que darla.

—Si la rehusásemos, Güesclin, perderíamos crédito y prestigio.

—El resultado de una campaña es el que aumenta ó disminuye el crédito de un general: si somos vencidos, señor, perderemos en un solo día nuestro trabajo y vuestro cetro. Pero no es hora de dudar, y quiero haceros un encargo. No os dejéis hacer prisionero; pues si Don Pedro logra apoderarse de vos, os podeis contar por difunto.

—No me espanta la muerte, Beltran; pero quiero morir matando.

—Si se ha de morir de algun modo, lo considero el menos malo.

—Y el mas digno de un rey, Beltran. El único de morir con honra.

Terminó su conversacion la llegada de un heraldo inglés, que dirigiéndose á los caballeros, á los cuales se aproximaron Don Enrique y Beltran,

—Señor, dijo el heraldo al rey: el príncipe de Gales, mi señor, os reta á batalla campal, y espera una pronta respuesta.

—Heraldo, le replicó Beltran de Güesclin: me parece que el príncipe de Gales, que tú, y que cuantos caballeros le acompañan, están pereciendo de hambre, y que presentais la batalla para conquistar nuestros ranchos.

—Señor, repuso el heraldo á Güesclin; no hay un solo soldado en nuestra hueste, que no se haya comido dos bueyes... de memoria.

Los caballeros no pudieron detener la risa; y Beltran mandó que trajesen al heraldo algunos nutritivos fiambres y botellas de vino añejo. El heraldo no se hizo rogar, comió como quien tiene hambre, y bebió como quien ha comido bien. Despues le preguntó Güesclin:

—Dime, amigo mio, y no pretendas engañarme: ¿qué tal vino se bebe por allá?

—Señor, el mejor vino que tenemos es el agua pura de un arroyo: y no creo que lo beberemos hasta despues de la batalla.

—Dí al príncipe de Gales que mueva su hueste; nosotros vamos á su encuentro.

El heraldo partió á toda brida y Beltran comunicó sus órdenes para que se moviese el ejército. Salió todo fuera de Nájera: Beltran eligió el terreno mas á propósito y procedió á ordenar su hueste.

Colocó en la primera batalla á diez mil guerreros castellanos, bien armados y tan apuestos, que parecían hombres capaces de conquistar un hemisferio. Llamó al condestable de Castilla, le encargó que los acandillase, y dijo al mariscal D'Audrehem, que fundaba grandes esperanzas en ellos.

—Mariscal, tengo la desgracia de no ver las cosas como vos. Si estas gentes no pelean como tigres, todo lo perdemos en un día.

Don Enrique se presentó á los castellanos y les habló de esta manera:

—Vuestra voluntad, nobles guerreros, me ha colocado sobre el trono: hoy es la ocasion de defenderme, y de acreditar á los extranjeros, que tiene Castilla hijos valientes, firmes en sus votos y leales. Disparada la primera flecha, está la salud en vencer y la esperanza en el valor.

Formada la segunda batalla con los genoveses auxiliares, se aproximó á ellos Don Enrique y les dijo:

—Por Dios, señores, que os mostreis fieles y bizarros. Allí está Don Pedro, que trae un pueblo entero de soldados, y si somos vencidos creed que seréis degollados todos. Espadas y manos teneis: tened, soldados, corazon.

El capitán de los genoveses sonrió, haciendo mil protestas al rey.

Beltran llamó á Guillermo Boitel, al mariscal D'Audrehem, á Villaines, y á otros caballeros franceses, y les dijo:

—Señores, permanezcamos todos juntos con las gentes de nuestro pais: yo no sé lo que sucederá; pero mejor pelearemos reunidos, que diseminados en las filas. Animo y Dios nos conceda la victoria.

Bernal con sus quinientas lanzas eligió un paraje conveniente, y el ejército entero marchó al encuentro de los ingleses.

Las tropas del príncipe avanzaron, divididas en tres batallas, y Enrique de Gales con la cuarta les cerraba la retaguardia.

Dos colinas poco elevadas se levantaban sobre el campo: en la una habia una mujer y un anciano, en la otra un paje, jóven y hermoso como un ángel. Eran, Doña Inés, la judía y el viejo alcaide de Carmona.

CAPITULO XXII.

"Ha de mis valientes, dijo:
Al campo, Aragon, al campo:
Que en los rediles tan solo
Se defienden los rebaños."
Y batiendo los ijares
De su arrogante caballo
Entre los moros metiése
Do quier la muerte llevando.
Era un leon; de su lanza
Era cada bote un rayo,
Que á los rabiosos musulimes
Llenaba el pecho de espanto
Y á tal esfuerzo y bravura
Perplejos y deslumbrados,
Al par las espadas vuelven
Hacia la villa tornando.

JOSE AMADOR DE LOS RIOS.

Las trompas de los dos ejércitos resonaron, y respondieron los corceles con sus relinchos, y los combatientes con los gritos de *Santiago España* los de Don Enrique, y de *San Jorge y Guena* los del príncipe y de Don Pedro. Empezó la ruda batalla entre los castellanos y las tropas que mandaba el bravo Captal. Don Enrique penetró intrépido en las filas de sus enemigos, y al primer bote de su lanza derribó á un caballero inglés que pretendió cerrarle el paso. Discurriendo de fila

en fila, cada bote tendia á un ginete; y antes de haber roto su asta, diez cuerpos muertos eran testigos de la pujanza de su brazo. Tiró en seguida de la espada, cuya hoja, forjada en Damasco habia salido de los talleres del mas acreditado armero, é hiriendo á diestra y á siniestra rompió enteramente la batalla, y se encontró solo á retaguardia del enemigo. Allí fué rodeado por varios ingleses, que pretendian apoderarse de su persona, y Beltran de Güesclin, que lo vió en situacion tan apurada, dijo á su compañero Villaines:

—Vamos en socorro del rey.

La batalla de los franceses avanzó al grito "*de Güesclin*," pero les fué imposible penetrar el muro de hierro que oponian los valientes soldados del príncipe. Bernal de Bearne peleaba contra la batalla de Chandos, y cuando vió en tan grande aprieto á Don Enrique, llamó en alta voz á sus quinientos, que como una nube de granizo se desplomaron sobre el Captal y sus guerreros. La espada del bastardo caia sobre las fuertes armaduras, como un martillo sobre el yunque sacando chispas del acero, y rios de sangre de los corazones ingleses. Rompiendo una selva de picas, logró penetrar hasta el sitio en que D. Enrique peleaba, y derribando del primer golpe á un ballestero, que iba á descargar su hacha de armas sobre la cabeza del rey, gritó:

—D. Enrique de Castilla, descarga sin temor, descarga, que aquí está Bernal de Bearne.

A esta voz amiga, D. Enrique redobló furibundos golpes, y cuando los caballeros del bearnés lograron reunirse á Bernal, ya habia repasado D. Enrique la batalla, y peleaba al lado de Güesclin, que le dijo:

—Señor, ¿por qué buscáis la muerte desde el principio del combate? Tened un poco de paciencia, y esperad que llegue la ocasion de perecer ó de triunfar.

—Beltran, contestó D. Enrique, mejor quiero morir en la batalla que ser prisionero ó vencido. Si caigo en manos de D. Pedro, me hará morir como á un ladron; si perezco al filo de una espada, mi tizona me habrá vengado. Quiero dar, Beltran, el ejemplo.

D. Enrique volvió á confundirse entre los enemigos y Beltran Güesclin con los franceses pasó al extremo izquierdo de la línea, para rechazar al duque de Lancaster que se desplomaba sobre ella.

En el momento que Juan de Chandos se vió libre de los bearneses, cargó sobre los castellanos, sin encontrar obstáculo alguno en los veinte mil genoveses, que le vieron desfilar ante ellos sin disparar una saeta. El condestable de Castilla le salió al encuentro, y del primer bote de lanza dejó sin vida á un escudero de Juan de Chandos, llamado Magdalenc. Furioso Chandos por la pérdida de un escudero á quien amaba, se lanzó sobre el condestable con otros muchos; y tantos golpes le descargaron, que roto el escudo en pedazos, y aboyados yelmo y coraza, cayó en tier-

ra casi sin sentido. D. Enrique que no estaba lejos y que amaba mucho al condestable, puso espuelas á su caballo, y seguido de algunos escuderos que se hallaban á su alrededor, se abrió paso entre los enemigos; y haciendo retirar á Chandos y á su batalla un tiro de dardo, levantó del suelo al condestable, y volviéndole á montar al punto sobre un poderoso caballo, le dijo:

—Valiente condestable, te has portado como quien eres: si todos pelearan como tú, por nuestra tendríamos la victoria.

Beltran Güesclin y sus franceses peleaban con el de Lancaster, como una manada de leones, formando un escuadron cerrado; todos los esfuerzos de los enemigos eran inútiles, y los golpes de sus hachas de armas hacian saltar las armaduras y cercenaban miembros enteros. El mariscal D'Audrehem, Villaines, y el formidable Güesclin, peleaban mezclados con los suyos; pero se conocian sus golpes por la profundidad de las heridas que en sus enemigos causaban.

—Bernal de Bearne combatia contra el Captal y contra Chandos, y aunque deseaba con ardor atacar la reserva del príncipe, no se aventuraba á desamparar la defensa de los castellanos, y callaba la voz de sus celos ante la amistad y el deber. Su armadura negra reflectaba los rayos del sol con una luz siniestra y lúgubre, y las letras de oro de su banda parecian ser la despedida que los moribundos hacian á sus esposas y á sus madres. Conocianlo los enemigos por las plumas negras de su penacho, y lo veian pasar como un torrente abriendo cauce en su carrera. La espada de Bernal no brillaba, porque la sangre la enrojecia, y estaba empapado su guantelete en la que su puño bañaba. Doña Inés veia desde su colina los nobles hechos del bastardo, y LA ROSA DE JERUSALEM se preguntaba quién era aquel rayo de la guerra, estando corrida porque D. Pedro no tomaba parte en la lid.

—Miraba el príncipe de Gales la resistencia de los castellanos, que peleaban contra el Captal y Juan de Chandos, y estaba admirado de ver la intrepidez con que Beltran y sus compañeros de armas apretaban al duque de Lancaster, hasta el punto de hacerle replegarse sobre el centro de toda la línea. Inquieto por una resistencia, que se iba cambiando en acometida, mandó que tocasen los clarines, las chirimías, y unas grandes trompetas de plata, que resonaban á lo lejos como los truenos en las nubes; y escuadronando su reserva la mandó avanzar rápidamente contra la hueste de D. Enrique, gritándoles con ronca voz:

—Si yo no desenvaino la espada, no tendrá fin este combate ni se asentará el rey D. Pedro sobre el trono de sus mayores. Conducidme adonde haya mas enemigos, y sobre todo mas valientes. Marchemos contra aquel escuadron, que tan cerrado permanece, y juro á san Jorge y á mi padre desbaratarlo si no muero.

Los escuadrones se precipitaron, y el príncipe marchaba á la cabeza, acompañado del rey D. Pedro, del conde de Armaignac, del señor de La-

brit, de los senescales de Poitiers y Burdeos, del Sr. de Mocident, del conde de l'Isle, de los Sres. de Pons, de Aubecote y de la Riolle, y del noble Ricardo de Rayves. Seis mil hombres de armas escogidos componian este cuerpo de batalla, tan formidable por su número como por el esfuerzo individual de los caballeros que en él iban.

El rey D. Pedro de Castilla se llegó al príncipe de Gales y le dijo:

—Permitid, señor, que yo sea el primero en atacar á los castellanos de D. Enrique. Conozco bien aquellas banderas; son las de Toledo, Sevilla y Burgos, y quiero mostrar á estas ciudades el mucho cariño que las tengo, por haberse entregado á Enrique de la manera mas villana.

—Tomad tres mil hombres, señor, le contestó el príncipe de Gales, y obrad con ellos como os plazca.

D. Pedro hizo tremolar su bandera, y á la cabeza de los ingleses cayó sobre los castellanos, gritándoles:

—¡Traidores! cobardes! mal nacidos! me habeis arrojado de mi trono para sentar en él á un bastardo; ahora moriréis todos sin remedio, pues el que sobreviva al combate será ahoreado como un ladrón.

Habia salido al encuentro del rey un caballero toledano, pero al verlo venir lanza en ristre se le heló la sangre en las venas, y en vez de esperar el rudo choque, se volvió gritando á la hueste:

—Locos! locos! ved á nuestro señor natural, hijo de legítimo matrimonio: el que combata contra él ajustará cuentas con el verdugo.

El nombre de D. Pedro en España era respetado y temido: los mas ilustres ricos homes lo pronunciaban con respeto, y los que conspiraban á su espalda, se inclinaban en su presencia. Es verdad que en muy pocos dias habia perdido todo el reino, y que su conducta en aquel trance no estuvo de acuerdo con el arrojo en cien ocasiones desplegado, pero cualquiera que hubiera sido su comportamiento en una ocasion tan solemne, le veian venir, como á D. Sancho el gordo, con el acero desenvainado y no se atrevian á esperarlo. El mas espantoso desorden se estendió por todas las filas: el infante D. Tello, tan conspirador y ambicioso como fementido y cobarde, fué de los primeros en huir, arrastrando á los castellanos, que creyeron hallar salvacion en los piés, cuando podian alcanzar la victoria con el filo de las espadas.

Empujándose unos á otros se precipitaron al río de Nájera, que entre ellos y la ciudad corria; y los que no se ahogaron en sus aguas, perecieron á manos inglesas: siendo muy pocos los que llevaron á Toledo la nueva de tan gran derrota.

El rey D. Enrique combatía como bizarro caballero, y antes se habia embotado el filo de su espada que perdido fuerzas su brazo. Resuelto á no sobrevivir á la derrota de su ejército, buscaba la muerte llevándola, sin reparar que estaba solo entre millares de enemigos. Beltran y los suyos combatian siempre con la batalla de Lancaster, y

secundaba la fortuna la heroicidad de sus esfuerzos. Alguna esperanza tenia Güesclin, cuando llegó un escuadrón á escape y le notició la huida de los guerreros castellanos. El breton se mordió los labios hasta hacer que brotasen sangre, y buscando á Villaines entre las filas, le dijo:

—Ya estais viendo, noble señor, como los castellanos lo han hecho y los traidores genoveses: los primeros huyen como cabras; los segundos están inmóviles sin disparar un solo dardo; y seguramente de concierto con el rey D. Pedro y con el príncipe. Malditos sean unos y otros.

—Al diablo pueden irse juntos, respondió el bizarro Villaines, pues sufriremos hoy por ellos grandes peligros, y lo que es peor, grande vergüenza. Buscad, Güesclin, á D. Enrique, y sacadlo de la batalla; porque si D. Pedro le aprisiona, le hará morir infamemente. Nosotros nos defenderemos mientras podamos, para que no puedan decirnos nunca que hemos sido cobardes ó infieles.

Beltran siguió al punto el consejo, y abriéndose paso con la espada logró encontrar al rey D. Enrique y al mariscal D. Audrehem, que juntos estaban combatiendo. Cogió Güesclin por las riendas el caballo del rey y sacándole de la batalla le dijo:

—Rey noble y valiente, poneos en salvo sin tardanza, porque los soldados castellanos han hecho traicion. Aquellos hombres vestidos de hierro: aquellos hombres que eran bastantes para conquistar cien imperios: aquellos hombres que hacian alarde de su pujanza y su hidalguía, se han puesto en fuga como mujeres, los unos perdiéndose en los bosques, los otros precipitándose en el río. Hemos perdido la batalla, rey D. Enrique, hemos perdido la batalla por haber seguido el consejo de ese loco conde de Denia; pues si se me hubiera creído, en otra situacion estaríamos y otros serian sus resultados. Habeis peleado, D. Enrique, como el paladin mas bizarro: mas ya no os queda otro remedio que la fuga, y salvad con vos la esperanza de vuestros amigos leales. Huid, D. Enrique, huid del campo. Si vuestro hermano logra cojeros os hará morir como á un asesino. Poned espuelas al caballo, pues no hay esperanza de victoria.

—Leal y valiente caballero, replicó el rey á Güesclin, qué sucederá entonces de tí, que tan hidalgamente me has servido? ¡Dejaré yo solo en el peligro á quien he conducido á él!

—No penseis en mí un soto instante. Yo deseo morir, si Dios lo permite; pero no quiero que perezcais. Bastante habeis perdido, señor, con un trono y una corona: bastante os quita el rey D. Pedro.

—Por Dios, que mientras tenga vida blandiré la espada contra D. Pedro, y tomaré justa venganza en los escuadrones ingleses.

Picó D. Enrique á su caballo, sin que pudiera Beltran detenerlo, y los enemigos caian á los golpes de su cortante espada como las ramas de la encina bajo la segur del leñador. Juan Chandos,

el valiente Juan Chandos esquivó el encuentro del rey, que llamaba á singular combate al otro rey, para que decidiese la espada cuál habia de reinar en Castilla.

Beltran, reunido con Villaines y con algunos caballeros seguia los pasos de D. Enrique, y viendo el indomable brio con que se abría paso entre los enemigos derribados, dijo á Villaines:

—Ved un rey digno de gobernar un grande imperio.

D. Enrique revolvió el caballo, y habiendo cogido por el cuello á un inglés que le perseguía, se dirigió hácia Beltran Güesclin y le dijo:

—Toma, Beltran, este prisionero y haz de él lo que mejor te plazca. Yo vuelvo al combate, y espero que otros muchos...

—Deteneos, señor, le dijo Güesclin, deteniendo de nuevo el caballo, y retirándolo del combate: habeis trabajado como ninguno, y ya vuestro esfuerzo es inútil. Huid, señor, antes que sea tarde.

—¡Huid! gritó tambien Doña Inés, que habia bajado de su colina al ver perdida la batalla; huid, D. Enrique! yo os lo mando.

—¿Tú en este sitio, hermana mia? ¿Tú entre los peligros del combate?

—Yo soy la sombra de D. Pedro, y le seguiré por do quiera.

—Apresuraos, dijo Beltran, que los momentos son preciosos.

—Huye, repitió Doña Inés, y prepárate á la venganza.

El rey cedió á tales instancias y puso espuelas al caballo; Doña Inés subió á la colina, y Beltran volvió á la batalla.

Cuando acudió el príncipe de Gales al socorro del Capta y Chandos, que contra los castellanos combatian, reunió Bernal á sus caballeros, mercedados por el hierro enemigo, y salió al encuentro del heredero de Inglaterra. Vieron los ingleses con asombro la escasa tropa que venia con tanta arrogancia y denuedo, pero cuando descubrió el príncipe el pendon de Bernal de Bearne, cesó al momento su extrañeza, para hacer lugar al furor. Aflojó las riendas al caballo, y aplicándole las espuelas se precipitó á todo escape contra el formidable bastardo. Así que Bernal le vió venir, se lanzó á su encuentro como un rayo, y aguijoneados por sus celos no tardaron en estar juntos. Ni una palabra se dijeron: cubriéronse sí con los escudos, y puestas en ristre las lanzas se acometieron con tal furia, que las dos astas se rompieron, y cayeron sobre las ancas los dos poderosos caballos. El príncipe vaciló un momento, y Bernal quedó firme en la silla. Repuesto el príncipe del encuentro, tiró la espada de la vaina, y se vino sobre el bastardo, que con su tizona desnuda se adelantaba á recibirle. Tanto los caballeros ingleses como los que seguian al bearnés llegaron al lugar del combate, é impidieron que los dos jefes se hirieran de nuevo sus armas, arrastrándoles en el torbellino de tantos y tantos combatientes.

El príncipe, ciego de cólera, derribaba cuantos bearneses querian atajarle los pasos, y mas de un

inglés pagó caro no haberse separado pronto. Bernal, que habia tenido entre sus manos la presa que mas codiciaba, rugia como herida pantera, y con los ojos fuera del cráneo buscaba al príncipe de Gales, sin herir á sus enemigos, ni parar muchas veces los golpes, que por do quiera le tiraban. Los caballeros del bearnés, comprometidos la noche antes por un sagrado juramento, peleaban solo para morir, cobrando en la sangre enemiga la que derramaban de sus venas.

Ofrecia el campo de batalla un aspecto bastante extraño. Todos los escuadrones ingleses cubrian la llanura, y entre su muchedumbre combatian unos cuantos aragoneses con el conde de Denia al frente, escaso número de castellanos acudidos por D. Sancho, los caballeros de Bernal, y los franceses que lidiaban con Beltran, D. Audrehem y Villaines. Los genoveses, impasibles, conservaban su formacion, y dos damas eran testigos de aquellas escenas de sangre.

Mientras combatian los bearneses contra la reserva del príncipe, se reunió Chandos con Lancaster, y viendo á los pocos franceses y castellanos combatir obstinadamente sin esperanza de socorro, les gritó:

—Por Dios y la Virgen, entregaos á merced del príncipe, ó todos seréis degollados.

La respuesta que dió Beltran, fué echarse de nuevo la visera y acometer con mas furor á los que á su lado se hallaban. El mariscal D'Audrehem, Villaines, el castellano de Tric, y otros pocos, pero valientes, abatian soldados y banderas, cuando llegó el príncipe de Gales, y les gritó:

—Entregaos, señores, pues es locura resistir á un ejército numeroso. Noble mariscal, Beltran, Villaines, entregadme al punto las armas, y no tendréis de que arrepentiros.

D. Pedro llegó al mismo tiempo, y poniéndose delante del príncipe,

—Estos son, dijo, los malvados que me arrojaron de mi trono: dejadme, príncipe de Gales, dejadme tomar mi venganza.

D. Pedro acometió á Beltran, y el breton desenvainó su espada sobre el escudo del monarca, dividiéndolo en dos mitades. A este tiempo llegó un castellano al servicio del rey D. Pedro, y cogiendo á Beltran por la espalda, le intimó que se le rindiese.

Güesclin echó una mirada en torno, y viéndose solo y á sus amigos prisioneros, se adelantó al príncipe de Gales, y le dijo:

—Tomad, señor, tomad mi espada, porque sois el mas atrevido.

En el extremo opuesto de la línea habian seguido combatiendo los caballeros del bastardo: mas en el momento que Güesclin entregaba su espada al príncipe, dos solos bearneses lidiaban: todos los demas habian muerto. El uno de ellos sostenia con la mano izquierda el pendon, y paraba con la derecha los golpes que le dirigian; el otro solo se curaba de alfombrar el suelo con cadáveres, y de alejar de su compañero cuantos procuraban herirle. Sus esfuerzos fueron inútiles: un hacha de

armas hendió el casco del que sostenía la bandera, y un mar de sangre hirviente y negra, bañó su rostro amoratado. Cayó la espada de su diestra, é iba á apoderarse el inglés del pendon, cuando la espada del bastardo le cortó la mano á cercen, y levantando su bandera, gritó:

—¿Hay algún bearnés en el campo que pueda reunirse á su jefe?

No hubo una voz que respondiese.

—Está cumplido el juramento, dijo Bernal, y á lento trote empezó á apartarse de los ingleses que no pensaron en detenerle. Largo trecho había recorrido, cuando vió flotar la bandera del vencedor príncipe de Gales, y tirando las riendas al corcel se dijo con acento sordo:

—¿Qué has hecho, Bernal, hasta ahora? Cumplir un sagrado juramento como el último de los nobles que ponían en tí su esperanza. Algo más te cumple hacer hoy, y la ocasión es oportuna.

Aguijó de nuevo á su caballo, y penetró entre los ingleses hasta llegar al caballero que tenía la bandera del príncipe, y sin darle lugar á resistirse, se la arrancó con firme diestra, y colocándola bajo la suya cruzó el campo á escape tendido, y subió la pequeña colina en la que se hallaba la judía. LA ROSA DE JERUSALEM no había separado sus ojos del intrépido Bernal de Bearne durante toda la batalla, y al ver la manera bizarra con que se despedía del combate, le preguntó con noble entusiasmo:

—¿Como te llamas, paladin, que has combatido heroicamente?

—Me llamo Bernal de Bearne.

El caballo de Bernal había agotado todas sus fuerzas en la pendiente de la colina y cayó exánime en su cumbre. El príncipe de Gales, acompañado de sus principales caballeros, perseguía de cerca al bastardo, que inmóvil y con frente altiva veía subir á sus enemigos; y teniendo su pendon en alto, hollaba con su firme planta la rica bandera del inglés.

La huérfana miraba desde lejos al héroe, y la judía se postró ante el bastardo, porque á sus ojos era un Dios.

CUARTA PARTE.

LA NOCHE DE MONTIEL.

CAPITULO I.

¡Ay! cuántas veces al arrullo blando
De las tranquilas ondas que al quebrarse
En las desnudas rocas,
Nevado encaje al parecer dejando,
Su pálido reflejo me atraía:
Y fugaces las horas desizaban,
Hasta que en pos de la citérea diosa
El alba en el oriente sonreía.

J. B. SANDOVAL.

El manso Betis se desliza como una gran sierra de plata: el murmurio de sus claras ondas se confunde con el murmurio de los olivos, de los

saucos y limoneros; y las flores de sus dos márgenes se retratan en el cristal, dando á las brisas sus aromas y sus matices á los prados. La luna derrama rayos de nácar desde su trono de topacios, y penetrando difícilmente los bosquecillos de laureles y las bóvedas de jazmines, ilumina la frente hermosa de una beldad que se sonríe ó la de un amante que suspira. Rielando sobre el terso lago, parece ondina placentera con manto de aljófar y encajes, y rielando también sobre lágrimas parece la triste diosa del dolor.

En la márgen izquierda del río descuella un campestre edificio, tan caprichoso y pintoresco como los jardines de Armida. Tiene la figura de una estrella formada por ocho torres góticas, esbeltas y filigranadas, que unidas por ocho galerías á una gigantesca rotonda, completan un conjunto fantástico, cuya elegante crestería es el sutil velo de blonda con que una coqueta se engalana. Risueños verjeles y un parque rodean esta mansion de placeres, y sobre pilas de alabastro vierten surtidores de bronce una menuda lluvia de perlas, formando las fuentes que saltan en rápidos y variados sesgos una techumbre de cristal. En la torre, cuyo pié se baña en las puras aguas del río, hay un aposento amueblado con todo el lujo del oriente. Ricas alfombras de Baeza, á la sazón muy estimadas, cubrían su pavimento de mármol, y divanes de seda y oro ofrecen descanso y placer. Arden perfumes de la Arabia en cincelados braseros: crecen las rosas y camelias en brillantes vasos de pórfido, y sus entrelazadas ramas sirven de flotantes cortinas á los graciosos ajimeces. En esta mansion de las gracias ha fijado su planta Marte; pues sobre una mesa de jaspe se ven una riquísima armadura, una espada de fino acero, y dos banderas enrolladas.

Está asomado á un ajimez un jóven de veinte y seis años, alto y esbelto como las palmas en las llanuras de la Siria. Acaricia su diestra mano una barba negra como el ébano, y fija sus ojos de azabache en las corrientes que murmuran. Su pensamiento se retrata, como en un espejo, en sus ojos, y su frente arrugada ó tersa indica la acción de su alma. No admira el azul del firmamento que platea la luz de la luna y un millón de estrellas esmaltan. El verde oscuro de los olivos, el verde amarillo de los limoneros con manchas blancas de azahar, el suave aroma que se aspira, el blando murmullo que se oye, las campanas que repican lejos, las torres del soberbio alcázar que entre vapores se dibujan, las cánticas de los pastores, el sordo ladrido de los perros, el siniestro canto del buho y los suspiros de las auras, no hacen variar su pensamiento ni apartar un punto su vista del tardo curso de aquel río.

Entra una mujer de puntillas, se llega al jóven en silencio, y subiéndose sobre un diván, asoma su linda cabeza y fija su ardiente mirada en el mismo paraje del río en que la fija el caballero.

A pocos momentos apoya su mano en la espada del jóven, que no cambia de posición, y le pregunta:

—¿En que estás pensando?

—En el río.

—¿Y qué ves en él?

—Su corriente, que camina libre entre praderas hasta llegar al océano.

—¿Qué te recuerda esa corriente?

—La libertad, Raquel, y la guerra.

—Las heridas que recibiste en los gloriosos campos de Nájera, no están cerradas todavía.

—Ninguna de ellas brota sangre.

—¿Los campos de Nájera, Bernal! ¿Qué grande apareciste en ellos! Tu espada hendía las armaduras, como el rayo al robusto roble; y cada golpe de tu acero hacia brotar fuentes de sangre, como la vara de Moises arroyos en los peñascos del desierto. Allí estaban Beltran Giesclin, el rey D. Enrique, el rey D. Pedro, el príncipe de Gales....

—¿Raquel!

—¿Odiás mucho al príncipe?

—Mucho.

—¿Todos me parecían pequeños al lado del noble Bernal! Tú eras allí el Dios de la guerra; el Josué de los israelitas. Tan hermoso como Absalon,

—Raquel.

—¡Oh! sí, estabas muy hermoso, Bernal, y tus ojos, bajo la visera, lanzaban rayos como el sol. ¿No me viste caer á tus plantas en la cumbre de la colina....

—Has sido muy buena, Raquel. Los enemigos se acereaban, y yo no pensaba en huir: brotaban sangre mis heridas, y yo no pensaba en restañarlas: tú me arrancaste el cautiverio... Cautivo, no; antes hubiera perecido cien veces que ser prisionero del príncipe.

La judía contemplaba al bastardo con el mismo entusiasmo ardiente que le había visto en la batalla. Por un movimiento maquinal había cogido una de sus manos, que estrechaba continuamente, sin que reparase en ello el bearnés. Bernal continuó:

—Tú me arrancaste á una muerte cierta, conduciéndome por sendas ocultas hasta una cabaña de pastores. Tú vendaste allí mis heridas y me has traído, débil y doliente, á este retiro misterioso, que el Betis baña con sus ondas y que perfuman limoneros.

—¿Eres aquí feliz, Bernal?

—Si pudiera serlo en el mundo, la felicidad de los ángeles gozaría en tan bello recinto.

—¿Pero pasarás aquí sin pena algunos meses?

—No, Raquel. Estará inquieto Gaston Febo, y llorará mi buena madre.

—¿Tienes madre, Bernal?

—Sí, ROSA DE JERUSALEM, sí: ella es mi amiga y mi consuelo: la que me conduce á la gloria; porque quiero, hermosa Raquel, que la madre de Bernal de Bearne pueda envanecerse de su hijo.

—Feliz tú; yo perdí la mía en el instante de nacer.

LA ROSA DE JERUSALEM enjugó dos lágrimas tristes, pues el recuerdo de una madre perdida

merece regarse con llanto. Despues prosiguió:

—¿Y si yo te rogase, Bernal, que te quedases algun tiempo al lado de tu buena amiga? ¿Si mi felicidad consistiese en mirar al héroe de Nájera? ¿Si te pidiese como pago (no de mis pequeños servicios, que nada valen ciertamente) de mi inquietud y mis dolores, que no te alejases tan pronto, qué harías?

Bernal miró con extrañeza á LA ROSA DE JERUSALEM, y no la replicó palabra. La judía prosiguió:

—Bernal, ¿no te merezco una respuesta?

—Tienes derecho, hermosa Raquel, á mandarme, y estoy obligado á obedecerte.

—No es un mandato el mio, Bernal, es una súplica muy humilde.

—Para el que está obligado, la súplica es el mandato mas solemne. Mi deber es marchar á Francia.

¿Y si te dijese, Bernal, que el corazón de la judía ama á un hombre con frenesí? ¿Si te suplican de rodillas, como lo estoy en este momento...

—Tú de rodillas á mis piés! Levántate, por Dios, levántate.

—No. Déjame permanecer arrodillada y escucha: ¿Si yo te dijese que te amo?...

—¿Tú amarne?

—Sí, Bernal, yo.... te adoro!

El bastardo retrocedió. Raquel permaneció siempre de rodillas y con los brazos estendidos hácia el arrogante guerrero.

—Tú me amas! repitió Bernal.

—Te adoro! exclamó la judía.

El bearnés se acercó á Raquel, la levantó cariñosamente, y continuó la israelita:

—¿Te causa asombro mi cariño? Si conocieras su estension, te daría lástima una mujer tan amante como la tórtola y celosa como la tigre. ¿Has sido amado alguna vez?

El bastardo movió la cabeza, y continuó la judía:

—Si has sido amado cuando niño, mi amor tiene toda la pureza de la infancia: si has sido amado cuando jóven, tiene todo el fuego mi amor de las pasiones juveniles: si has de ser amado cuando viejo, también hallarás en mi amor veneracion religiosa que deben inspirar las canas. ¿Cómo me amarás tú, Bernal?

Bernal guardó triste silencio.

—¿No me amas, Bernal?

El bearnés cogió á la judía de la mano, y la condujo á la mesa de jaspe, en la que se hallaba la armadura.

—¿Quieres decirme, prosiguió Raquel despues de haberla contemplado, que un corazón acostumbrado á latir bajo el duro acero, no debe latir al contacto del corazón de una mujer?

—No, ROSA DE JERUSALEM, no.

—¿Quieres decirme que en los combates será mas débil el guerrero, si se presenta ante sus ojos la imágen de la que idolatra?

—No, ROSA DE JERUSALEM.

¿Quieres decirme que una mujer temblará a